



El pacto con la soledad, de Dávila

“Nacen al pie de Guadarrama helado. Las Navas del Marqués (ese es su nombre), donde el florido mayo viste un prado que no hay escarcha o nieve que lo asombre”.

Entre pinares me encuentro. Me esconden, me apartan. Desde que tengo recuerdos, no hayo ni uno solo en el que camino. No sé qué es eso. Llevo las marcas de la silla de por vida. Me queda por vivir, si es que me lo permiten. Soy la deshonra de la familia, la alhaja maldita que nadie quiere heredar. Pero yo tengo nombre y ese no me lo esconden.

-Manuel, le traigo el vaso de agua que me pidió.

-Muchas gracias Encarna.

La sirvienta salió rápido y apenas me miró a los ojos. Me bebí el vaso de un trago, tenía sed. Para mi deleite (y era el único) tenía la ventana. Daba al jardín, un majestuoso vergel que mi madre adoraba, incluso más que a mí. Los pinos de la Ciudad Ducal eran mis vigilantes. Estaba rodeado de ellos y cuando iba en el coche intentaba contarlos, pero eran demasiados. Todo me era demasiado. Llegaba el verano, veníamos a Las Navas y me encerraban en aquel cuarto apartado de todo lo humano, incluso de lo divino. Mis padres, como buenos señores, tenían que dar una imagen acorde a su estatus. Mi hermano mayor era ingeniero y mi padre uno de los abogados más cotizados de Madrid. Yo era un mísero adorno, otro mueble más. Tenía mi silla y mi ventana, aunque ésta sólo en verano. No podía abrirla. Tenía prohibido el aroma a jara y tomillo. Tampoco el resto de la casa era accesible. Desde fuera se me presentaba grande y señorial, sin embargo solamente llegué a conocer mi dormitorio, el comedor, el cuarto de baño y el pasillo hasta él. Mi cuarto se hallaba en la planta baja para facilitar el traslado, o eso decían. No sé que querían facilitar si mi traslado era prácticamente nulo.

suya. Pero ellos eran felices en el pueblo. Yo tenía uno al lado y no me dejaban disfrutar de él. Tenía que recorrer mi difícil camino.

Volví a mirar por la ventana. Dos gorriones estaban posados en una rama. Eran libres. Formaban parte del místico bosque convertido en mi castillo interior, mi morada para la libertad. Me apartaban de la naturaleza, de mis raíces. Rodeado de artificiosidad tenía el estómago caliente y frío el corazón. No podía fundirme y convertirme en un elemento más del pinar. Me quedaba con mi imaginación, mi arma más fuerte.

Silencio. Pasaba el tiempo. Triste. Sobre la pared, un calendario con la imagen de la Virgen de la Milagrosa y un año, 1955. Marcaba agosto. Ya quedaba menos para retornar a Madrid. El hecho de estar en la ciudad me daba igual pues cambiaba el decorado del cuarto con el de aquí, pero echaría de menos la pequeña perspectiva que poseía. Además de ver pájaros podía oírlos, trascendiendo mi alma hasta el rincón más profundo de la Ciudad Ducal.

Silencio y nada más. Monotonía tras los cristales. El sol empezaba a estar alto por lo que faltaba poco para la comida. Silencio en mi estómago. Triste.

Llamaron a la puerta. Encarna empujó mi silla hasta el comedor. Sentí algo en mi cabeza. ¡Me había acariciado! Me volví a quedar solo. Allí había otro ventanal que me regalaba otra panorámica. Se reflejaba la majestuosa mesa. Las copas deslumbraban y los cubiertos de plata añadían el toque metálico. Había dos platos. ¿Para qué tanto espectáculo? La virtud se halla en la sencillez y muchos siguen sin entender eso.

-Perdón por la tardanza- dijo mi madre mientras se sentaba.

Bendijo la mesa. Empezamos a comer. El silencio era alterado por los tintineos de los tenedores. Frío en verano. Triste.

-Que sepas que si esta tarde percibes sonidos extraños de aquí, el comedor, son de un electricista que viene a repararnos la lámpara.

Miré al techo. La lámpara se encontraba justo en medio. Nos vigilaba. Miles de cristales colgaban delicadamente. Me recordaba a un árbol, con la diferencia de que las hojas cristalinas no caerían en otoño.

Terminé el suntuoso alimento y Encarna me devolvió a mi escondrijo. El calor flotaba en el ambiente. El comedor era más fresco. La cabeza se me caía. El sueño empezaba a embriagarme. Me dejé llevar.

Fluían mis sueños. Dormir para no vivir o soñar para existir. Sueños de la realidad que me rodean. Sueños que se acaban sin más. Me desperté. El reloj marcaba las cinco y media de la tarde. ¿Tanto había dormido?

Empecé a contemplar mi dormitorio, desde la mesilla de noche al armario, pasando por la ventana. Al llegar a la puerta, vi que el pomo giraba. La puerta se abrió y la luz empezaba a entrar. Allí estaba un apersona que no había visto jamás. ¡Alguien de fuera me estaba viendo! Mi corazón empezó a latir rápidamente. La puerta se abrió y con ella mi alma. “Perdón, me he equivocado”. Cerró. Silencio. El electricista se marchó y seguro que nunca más veré a nadie diferente. Lo peor es que no saben que existo.

“Entre pinares escondido se halla lugar de descanso reconocido, rayano a dicho pueblo de Las Navas. La Ciudad Ducal, paraje exclusivo”.